

EL FÉNIX CARTAGINÉS.

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO,

ARTÍSTICO, DE ADMINISTRACION É INTERESES GENERALES.

DIRECTOR: D. FRANCISCO ARRONIZ Y THOMAS.

Año I.

Cartagena 22 de Junio de 1879.

Núm. 25.

SUMARIO.

LA ELOCUCENCIA CRISTIANA, por E. Menechet.—
EL ROCÍO, por D. Francisco Munuera Arnaez.—Poesía: Á MERCEDES DE VELILLA, por D. Antonio Aguilar.—Novela: LA TORRE-CIEGA, leyenda-tradicional, por D. Francisco Arróniz y Thómas.—Mosáico por Asdrúbal.

LA ELOCUCENCIA CRISTIANA.

(Continuacion.)

I

Gregorio principi6 con una constancia admirable su obra; los insultos de sus enemigos no le arredraban, las intrigas que le cercaron no pudieron hacerle desistir de sus planes. 6l lo resistia todo sin hacer uso m6s que de un arma que esgrimia con acierto: su elocuente palabra.

Muchas veces penetraron en el templo suyo turbas dispuestas 6 burlarse del anciano predicador y salieron tribut6ndole merecidos elogios, completamente fascinados por sus elocuentes frases.

Poco 6 poco fn6 recobrando el terreno perdido; el emperador le di6 su proteccion, el n6mero de fieles aumentaba, el arrianismo se estrellaba impotente ante la conmovedora palabra del orador cat6lico, pero 6 pesar de todo, ni la dulzura de este ni su g6nio pudieron enteramente restablecer la paz en la iglesia de Constantinopla.

Gregorio quiso ent6nces alejarse de aquellas asambleas tumultuosas, que no podian calmar ni su sabiduria ni su palabra y so66 en el retiro. En vano su pueblo le rog6 que no le abandonara; ape-

sar de conmoveerse con estas demostraciones, permaneci6 inflexible.

Antes de abandonar 6 Constantinopla pronunci6 en la iglesia mayor de esta Capital, en presencia de los obispos del concilio, el discurso c6ebre de los *adioses* (que as6 se llama) y que termina con esta elocuente oracion:

«Adios, Anastasia, (1) nombre que recibiste por tu piedad; adios, vosotros todos, que habeis hecho renacer de sus ruinas la doctrina santa tirada por el lodo; vosotros sois el trofeo de la victoria, los que habeis dotenido el arca santa errante largo tiempo por el desierto; adios, templo para siempre c6ebre, tan d6bil en tus principios y fuerte hoy porque con nuestros cuidados eres una nueva Jerusalem; adios, basilica augusta; adios, santos ap6stoles, que desde el cielo me habeis iluminado en los combates que he tenido que sostener; adios, sede pontifical, trono brillante, pero peligroso y muy expuesto, por desgracia, 6 las miradas de la envidial Dignidades, Sacerdotes, m6s venerables todavia por vuestras virtudes que por vuestra edad, y vosotros todos, ministros de los altares sagrados, que tan pr6ximos estais al Dios vivo; adios, coro de Nazarenos, dulzura de la salmodia, estaciones nocturnas, v6rgenes castas, mugeres modestas, asamblea de viudas y hu6rfanos, pobres que siempre teneis vueltos los ojos h6c6a Dios y h6c6a m6; hospitales donde yo mismo he encontrado un asilo en mis infortunios; adios, auditorio tan sol6cito en escucharme, que os he visto correr desde l6jos para recojer mis palabras, y consignarlas por escrito; adios, emperador, palacio, cortesanos....! Esta voz que os ha parecido siempre tan elocuente, ser6 desde hoy en adelante condenada al silencio.»

Descendi6 voluntariamente de la silla apost6lica de Constantinopla, se encamin6 Gregorio hacia la Capadocia, se detuvo un momento en Ces6rea y visit6 6 Nacianzo donde permaneci6 muy po-

[1] Era el nombre de la iglesia, y quiere decir «resurreccion de la f6.»

